

VIDAS DE
PASIÓN

ediciones
del Genal

© Iván David Castillo Salinas

Primera edición: agosto 2021

Título: Vidas de Pasión II

Autor: Iván David Castillo Salinas

Ilustración y diseño de cubierta: Carmen Larios

Diseño y maquetación: Carmen Larios

Edita: Promotora Cultural Malagueña

Coordina: Ediciones del Genal

Colabora: Librerías Proteo y Prometeo

Depósito legal: MA 1006-2021

ISBN: 978-84-18896-20-0

Málaga 2021

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

VIDAS DE PASIÓN

*La novela biográfica
de la Semana Santa malagueña*

IVÁN DAVID CASTILLO SALINAS

ediciones
del Genal

A aquellos que, de una u otra manera,
habéis contribuido a hacer de Vidas de Pasión,
no solo un proyecto real,
sino también un proyecto de éxito.

A todos, gracias.

ÍNDICE

I. MAYOR DOLOR SIN CONSOLACIÓN Y CON LÁGRIMAS	11
II. EL NOVIO DE LA VIDA, UNIDO EN LAZO FUERTE A VIRGINIA	37
III. AMARGURA DE ESPERANZAS RESQUEBRAJADAS.....	61
IV. ANGUSTIAS DE AMOR Y FUERZAS DE MADUREZ	95
V. SOLEDAD, LUTO Y SILENCIO; SILENCIO DE VIERNES SANTO	153
VI. ALIENTOS Y DESALIENTOS EN EL ÚLTIMO TRAMO DEL GÓLGOTA	201
VII. OCASOS DE SÁBADO SANTO.....	253
VIII. RESURRECCIÓN Y MUERTE	303

ENTRA EN
WWW.IVANCASTILLO.ORG
¡Y COMPARTE TUS EXPERIENCIAS DE LECTURA
Y DE SEMANA SANTA!



MAYOR DOLOR SIN CONSOLACIÓN Y CON LÁGRIMAS

La arena siguió cayendo en el reloj; el tiempo siguió pasando, sombrío, y lento, tortuosamente lento. Lo hizo entre quebrantos, llantos y con el amargo sabor de la ausencia. Fueron solo siete meses, que se antojaron siete siglos, y en los que no hubo una sola aurora en que Sergio no despertara creyendo que todo había sido únicamente la más cruel de sus pesadillas y que su hijo se encontraba durmiendo en la habitación de al lado. No tardaba mucho en volver a asumir la realidad y, entonces, su mundo se venía abajo y dejaba de ser él para volver a encarnar aquella sombra de sí mismo en que se había convertido, aún más oscura que el día anterior. Poco o nada pudo acontecer en ese tiempo en la familia, cada uno buscaba la manera de sobreponerse a lo ocurrido como podía o como sabía y, en aquel piso de la avenida Andalucía que, otrora, fuera paradigma de la risa, el juego, el amor y la alegría, un tenso y sepulcral silencio parecía haber teñido de luto cada uno de los rincones de la vivienda, y cada jornada transcurría muy parecida a la anterior.

Un nuevo Miércoles Santo, esta vez muy temprano en el tiempo, volvía a congregarse a miles de malagueños en el

centro histórico, ávidos de disfrutar una Semana Santa que estaba siendo bastante desafortunada en lo climatológico, y que ya había deslucido o frustrado gran parte de los desfiles procesionales de días anteriores.

La iglesia parroquial de San Juan, envuelta en una niebla espesa que casi no dejaba ver el campanario, abría al fin sus puertas para permitir que el amplio cortejo de las Cofradías Fusionadas realizara su estación de penitencia por las calles de la ciudad.

Desde hacía varios años, esta hermandad compartía con Zamarrilla la peculiaridad de ser las únicas que contaban con tres tronos. La hermandad trinitaria había comenzado a procesionar a Jesús del Santo Suplicio el Jueves Santo, y Fusionadas había decidido, ya hacía casi una década, que el Cristo de Azotes y Columna acompañaría, con una impronta mucho más alegre, a la Virgen de Lágrimas y Favores, trasladándose esta nueva sección al Lunes Santo.

El ambiente aquella tarde era excesivamente húmedo y frío. Aun tratándose de la tercera semana de marzo, recordaba más a un día de inicios de febrero. Pero lo verdaderamente preocupante era que unos oscuros y enormes nubarrones que avanzaban desde occidente habían tenido en vilo durante toda la mañana a la Málaga cofrade y habían provocado que las primeras cofradías de la tarde, Salesianos y Mediadora, decidieran suspender su salida procesional por un más que probable riesgo de lluvia a primeras horas de la tarde.

Las últimas primaveras habían sido sorprendentemente lluviosas, y mucho se había hablado y debatido sobre la

necesidad de hacer uso de los grandes avances técnicos de la época para evitar que la lluvia pudiera impedir las celebraciones de Semana Santa o cualquier otra de las que tenían lugar a lo largo del año en la ciudad. Se habían hecho varias propuestas, pero, como siempre había ocurrido en estos casos, pasarían aún bastantes años antes de que se materializara una solución.

Pero lo importante era que, finalmente, Fusionadas se hacía a la calle aquel Miércoles Santo de 2035 y el público, dispuesto a disfrutar de un nuevo día procesional, aplaudía feliz por la decisión adoptada al ver salir los primeros nazarenos del cortejo.

Algo muy distinto, sin embargo —e impensable hasta hacía unos meses— había aquel año en la Semana Santa malagueña. No se trataba de un trono de estreno, una restauración de imagen o de un nuevo grupo escultórico, ni de un cambio en el itinerario o en la cruceta musical. Tampoco se estrenaba una nueva casa-hermandad ni una cofradía había cambiado de sede canónica. No. Era algo que pasaba mucho más desapercibido para la mayoría del mundo cofrade y de lo que no se haría eco ningún medio de comunicación; pero precisamente era mucho más grave y noticiable por inimaginable: se trataba de la primera vez en 52 años —y a excepción de la malograda Semana Santa de 2020— que Sergio estaba ausente en el que, para él, siempre había sido el día más importante del año.

En el mismo momento en que el Cristo de la Exaltación cruzaba el dintel de San Juan a los sones de la recientemente reorganizada Banda de Cornetas y Tambores de Fusionadas,

un Sergio de gesto adusto y ojos desesperanzados conducía bajo la lluvia a bastantes kilómetros de la ciudad y en dirección opuesta a ella. Su destino era una casa rural situada en la alta Axarquía, que un compañero de trabajo le había cedido generosamente para pasar en ella los días festivos.

Por entonces, los coches automáticos sin conductor ya estaban bastante generalizados y Sergio, tras un tiempo de desconfianza, había adquirido uno meses antes de que a Martín le fuera diagnosticada la enfermedad. Iba, por tanto, con los brazos cruzados, recostado en el asiento y contemplando la bella imagen compuesta por el gris paisaje de aquella tarde de primavera, en contraste con el verde de los campos y el amarillo y rojo de las vinagretas y amapolas en flor que inundaban aquellos parajes. Sin embargo, poco o ningún placer provocaba en él la contemplación de aquella belleza.

El moderno vehículo estaba aún lejos de ser perfecto, ya se había confundido varias veces de ruta y había tenido que redirigirse. Sergio, que se había acostumbrado a vivir como un drama cualquier pequeña dificultad, ya empezaba a impacientarse. Para colmo, un policía le salió al paso en la lejanía y le ordenó detenerse en el camino rural, pedregoso y enfangado, por el que circulaba.

Mientras el vehículo se ralentizaba para detenerse, llamó la atención de Sergio una especie de polea en mitad de un terreno removido, justo al lado de la carretera. Levantaba algo que, por la lejanía y la lluvia que comenzó a caer aún con más fuerza en ese momento, no podía llegar a distinguir con claridad, pero que parecía ser la razón por la que le habían obligado a parar.

Aquellas cuerdas trajeron a su mente al Cristo de la Exaltación. Aunque se esforzaba por olvidarlo, sabía que debía estar enfilando calle San Juan en ese instante. Se apresuró a apartarlo de su pensamiento. Llevaba toda la semana luchando contra esas imágenes que, en contra de su voluntad, venían una y otra vez a él y que, aunque solo fuera por la fuerza de la costumbre, se resistían a abandonarle.

El agente, con gesto amable y contemplando con cierta desconfianza su cara de desagrado, le hizo señas para que abriera la ventanilla.

—Espere usted un segundo solo, por favor —pidió amablemente ante la fría mirada de Sergio, que, si bien quería mantener las formas, no podía disimular su fastidio.

El policía, de aire bonancible y aparentemente cerca de la jubilación, se sintió incómodo por el tenso silencio que Sergio creó tras responderle con un gesto resignado de aceptación. El agente, con la lozanía y la confianza propias de los lugareños, quiso profundizar en su explicación:

—Es que estaban haciendo una excavación para una urbanización que van a construir aquí al lado y hemos encontrado unos huesos que, por la ropa que los acompañaba, creemos que pertenecen a una mujer. Parece que la mataron hace un montón de años y la enterraron ahí. ¡La pobre!

Sergio miraba, ahora con más facilidad por la cercanía, la bolsa blanca, semitransparente, en la que habían introducido los restos mortales de aquella desdichada señora. Los miembros del equipo forense cruzaban ante su coche, desplazándose bajo la lluvia, para trasladarlos a un furgón

mal aparcado en la cuneta, situado al lado opuesto del embarrado carril.

La escena acrecentó su tristeza y, por su propia situación, empatizó sobre todo con el dolor que debieron sentir sus familiares por no poder ni siquiera darle sepultura al cuerpo.

—Será seguro alguien a quien mataron durante la Guerra de 1936 —comentó con parquedad, intentando sobreponerse.

—Lo parece, al menos. Por el tipo de ropa que lleva, creemos que es de aquella época, aunque no era por esta zona del pueblo donde solían llevar a la gente que ejecutaban. Es muy raro. Puede que sea incluso de antes de esos tiempos. Bueno, pues ya puede usted pasar cuando quiera. ¡Vaya usted con Dios! Y perdone la molestia.

Sergio reinició la marcha, un tanto molesto por esa frase hecha de origen religioso, y echó una última mirada de compasión a aquel bulto blanco que se encontraba ahora a pocos centímetros de su ventanilla. Un repentino escalofrío recorrió todo su cuerpo e, inexplicablemente, vino a su mente la imagen, con gesto de dolor contenido, de una mujer con un enorme parecido físico a su madre, pero a la que no recordaba haber visto jamás.

No le resultó extraño. En los últimos meses eran frecuentes los sueños y visiones de ese tipo, a los que él siempre hacía caso omiso, intentado convencerse de que no le afectaban. Esta vez, en cambio, había una explicación distinta: él nunca llegaría a saberlo, pero aquel cuerpo pertenecía a su bisabuela, la madre de su abuela Soledad, cuya desaparición

repentina nunca llegó a resolverse. Su marido, tras acabar con la vida de ella en una de sus habituales palizas, la enterró a tanta profundidad que solo aquellas excavadoras, más de un siglo después, habían podido descubrir sus restos mortales. Aquel crimen, como tantos otros a lo largo de la historia, había quedado impune. El asesino había muerto muchos años después, aunque, eso sí, en la más absoluta miseria moral y económica, y en la más profunda de las soledades.

Casi en el momento en que el Cristo de Ánimas de Ciegos, escoltado por la Brigada Paracaidista, hacía su entrada en la plaza de la Constitución, Sergio llegaba al fin a aquella casa rústica y desangelada, llena de muebles viejos y bastante sucia y descuidada además, en la que pasaría esos cuatro días. Sin interés siquiera en revisar la estancia, soltó la maleta junto a un antiguo mueble de caoba que se encontraba en la entrada, dejó las llaves y el móvil encima, y se dirigió al sofá del salón que se veía desde allí. Lo único que le importaba era pasar el puente lejos de cualquier atisbo de procesionismo y religiosidad. Ni siquiera tenía interés en ver el resto de la casa.

Imaginaba, aun sin querer hacerlo, a Virginia y Blanca preparando las túnicas y hablando de la procesión, y a Encarnación, en casa, con su rosario en la mano... Aquellos pensamientos le invadían de hastío y cólera. Le aliviaba poder estar lejos también de ellas ese día. La única compañía que necesitaba era el silencio y la soledad: saber que la casa más cercana estaba a algunos kilómetros le resultaba reconfortante.

Dejó caer su cuerpo sobre el viejo y polvoriento sofá de tela marrón y echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos y, al quedar sin visión, enseguida se le vino a la mente, sin que lo pretendiera, aquella leyenda del origen de la cofradía de Ánimas de Ciegos que cuenta que un grupo de moriscos accedió a que sus esposas fueran instruidas en la fe cristiana solo con la condición de que los catequistas fueran invidentes, para evitar que pudieran experimentar cualquier tipo de atracción física hacia ellas.

—Otra mentira más, seguro —verbalizó con rabia, abriendo los ojos de golpe e intentando ocupar su mente con otro asunto.

A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas e incluso haber puesto tierra de por medio, era muy difícil que su mente no se trasladara al centro de Málaga aquella tarde. Siempre había sido un día especial, el día con el que literalmente soñaba con frecuencia en su juventud, sobre el que proyectaba y fabulaba incluso, itinerario en mano, algunas noches de verano durante su infancia en la quietud de su terraza de Alameda de Capuchinos. Nunca se concibió en otro lugar que no fuera en las calles de su Málaga aquella jornada y, durante años, uno de sus mayores temores era que una causa de fuerza mayor le impidiera alguna vez estar presente. No era extraño entonces que aquella tarde su cabeza le jugara malas pasadas y se rebelara a sus órdenes.

Se dispuso a echarse la siesta que tenía proyectada. Era ya bastante tarde, pero tampoco tenía nada más que hacer. Además, últimamente dormir le consolaba, pues era lo más parecido a dejar de existir y también le permitía dejar de pensar.